

Gerard Vergés, *La insostenible lleugeresa del vers*. Pròleg de Joan Perucho. DVD Ediciones. Barcelona 2002.

Acabada la lectura de *La Insostenible lleugeresa del vers*, el último poemario de Gerard Vergés (Tortosa 1931), sentimos el placer de haber degustado una obra artística tan sencilla y a la vez tan rica de significados que uno saldría a la calle a gritar la noticia como un idiota iluminado. «No sigues tan exagerat» nos diría, quizá, el mismo poeta, que, después de tantos años sin escribir aquellos versos que hubiera deseado escribir, comprueba que el mundo, el complejo mundo, sigue su camino sin inmutarse. Y sin inmutarse seguirán esos sicofantes de las líricas nacionalistas que insisten en en-

dosarnos al Poeta, en mayúsculas, como defensor de las esencias del idioma y proveedor de los símbolos patrios, sin darse cuenta de que aquí, al ladito, en el sur de esta provincia, existe un poeta, con minúscula, que tiene la exacta dimensión de lo verdadero. Y que cada cual diga su medida. Claro que esto que vengo diciendo tiene los visos de una exageración. Es cierto. Pero también es cierto que hacía tiempo que no disfrutaba tanto con un libro de versos. Este libro tiene un mal número de poemas, trece, no tanto por los malos augurios de la superstición co-

La placentera gravedad de la poesía

ALFREDO GAVÍN AGUSTÍ

mo porque, de tan gozosos, nos parecen pocos. Trece poemas narrativos en los que palpita la vida con todo el abanico abierto de sus recursos más lúcidos e inteligentes. Versos sensuales, perfumados de realidades vividas y vividas, tanto que consiguen esa extraña magia del poema logrado que es la de hacernos sentir «físicamente» la emoción estética. No entran en ellos las vanas sombras de los que oscurecen sus aguas para decir que don profundas. El poeta, como ese vendedor de alfombras, nos enseña a la claridad del día el valor de su mercancía. No esconde nada. Todo lo

muestra. Sus motivos y sus influencias, sus homenajes explícitos y su procedencia, su intención y su humildad. La poética de Vergés no pretende el misterio si no su desvelamiento. Su magia se desarrolla a luz de unos recursos reconocibles, sentimentales, pincelados de leve ironía, nunca amargos, escépticos, tal vez; sin olvido del humor y la ternura. Un ejercicio de equilibrio que se convierte en un magisterio, sin duda, no pretendido por el poeta. Magisterio que deviene de un control tan afinado de la narratividad que los poemas nunca pierden el tacto de lo inefable. Ajust-

tan, como un guante, la intención a los recursos y los recursos al logro. El poeta es el hombre atento que vive y observa la realidad. El que usa de su sensibilidad y su inteligencia para salvar de la rutina anecdota del devenir el fruto sabroso que nos rescata del paso del tiempo. El beneficio de esta labor es el gozo, el disfrute, el placer, aún, en el desengaño. La poesía de Vergés, tan inglesa de influencias con la borgiana, señorial y antidogmática, enumerativa de objetos y paisajes, de rostros y recuerdos, de afinidades lectivas y electivas, se recrea en la conciencia de que la finitud no nos exime del placer, sino que, todo lo contrario, lo aumenta. Esta es una de sus sabidurías. Hay más. Pero eso queda para la aventura de los lectores.